

LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Febrero 23 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente...
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 19.

Ropa vieja.

Un Cura y un subterfuge.

(A MI AMIGO D. FEDERICO TORRICO.)

A principios de este siglo paseaban las calles de Lima, en un coche pintado de amarillo, tirado por mulas y conducido por un negro africano, dos hermanos, caballeros de buena familia. El uno era sacerdote y el otro empleado de Hacienda, que por muchos años desempeñó en ese ramo elevados puestos.

La señora madre, al verlos subir a su coche en los días de gala, al uno con rica sotana y costosa capa de seda, y al otro con su casaca azul recamada de plata, exclamaba satisfecha: ¡*El Virey y el Arzobispo!* Nada ménos apetecía para sus dos hijos el amor de la buena madre.

Debemos decir que el empleado de Hacienda era feo hasta donde lo permiten las leyes físicas, pero que el presbítero era feísimo hasta tocar en el mas escandaloso abuso de la libertad personal; era un feo de esos que atacan el derecho ajeno porque hace daño a la vista.

Desgraciadamente, ó por mejor decir, para remate de fealdades, ambos hermanos habían tenido viruelas, de lo cual resultó que el de Hacienda se puso mas feo de lo que era a *natura sua*, y que el Sacerdote adquirió tal grado de fealdad que llegó a lo horrible (la palabra es todavía corta); pues los huecos y verrugones dieron a su faz, la faz de un mascarón. Todavía para remate de remates las viruelas habían destrozado los labios del feísimo, hasta el punto que dichos labios llegaron, como dicen los franceses, a lo *imposible* en la línea de lo feísimo.

Calculen ustedes hasta qué punto llegaría en ese Santo Sacerdote la antítesis de la belleza, que habiendo saludado a una bella y no teniendo ninguna contestacion, le dijo:

—¿Señorita, qué no me conoce usted?

—Mal puedo conocer a usted, Señor mio, si nunca lo he visto sin máscara.

Dejemos al empleado de Hacienda de quien, por otra parte, no tendremos que decir sino que era un hombre de bien a carta cabal; un empleado modelo de exactitud, de puntualidad y de honradez, que murió dejando, como era justo, una memoria respetada.

Ocupémonos del Sacerdote que es el héroe de nuestra leyenda, y que en su línea siguió senda muy opuesta, aunque, (sea dicho de paso y con perdón del rubor de nuestros lectores), mucho mas divertida.

El citado presbítero consiguió uno de los curatos mas productivos de la sierra, y prueba de ello es que encontró un ínter que le diera mil pesos mensuales sin tener mas obligaciones que permanecer en Lima, ni mas ocupaciones que la de entregarse a la pesca en seco. Los lectores que han nacido en los tiempos de la abundancia del guano, no pueden ni imaginarse la riqueza

que constituían mil pesos mensuales en aquellos tiempos de *pobreza*, pero de abundancia de onzas de oro y de patacones de plata. ¡Ay! ¡Quién las viera!

El propietario de esa renta, apesar de que los hombres destinados a la Iglesia vistían un traje particular, llamado hábito, no usaba mas que lujosos vestidos de paisano; siempre leva de paño negro, ricos chalecos de terciopelo en miniatura; una gran cadena de oro, para el monóculo orlado de un cerco de oro macizo artísticamente cincelado, y una gruesa y rica cadena que salía de la relojería y terminaba en un par de sellos de oro con topacios. El Santo Sacerdote profesaba al prójimo un amor ultra-evangélico, y para hablar en puridad, el amor al prójimo era amor a las prójimas; y hasta tal punto lo absorbía esa fraternal pasión, que como nuestro amigo don Juan Carmelo pasaba todo el día paseando por los portales, que por entónces podían considerarse como el *rio revuelto* en donde, segun el proverbio, encuentran su ganancia los pescadores.

Pero aunque en *rio revuelto* el pescador de que hablamos no recojía indistintamente toda clase de peje, era de paladar delicado y sabiendo

Que el buen bocado
Siempre es de precio elevado.

pagaba bien y sin regatear.

Vivia el señor Cura en la calle llamada hoy del Correo, y su casa, mas que habitacion de hombre soltero, era un almacen de sederias y artículos de costo y lujo. Por aquellos tiempos, venían en número escaso los valiosos vestidos de seda que hoy se encuentran en muchos almacenes. Los comerciantes que recibían algo extraordinario daban en el acto parte al Cura, quien de seguro lo compraba todo al contado.

Bien sabia el buen señor que:

De oro y seda las enjalmas
Han costado muchas almas,

y creyendo que no era fácil, en sus tiempos, que las Evas sucumbieran ya al olor de las manzanas, a no ser que fueran las del jardín de las Hespérides, empleaba esos artículos y otros de valor para hacer sucumbir la virtud. ¡Vaya un sacerdote!

Si hubiéramos de enumerar las conquistas y victorias de ese Cid seductor, emplearíamos mas papel que el necesario para la biblia protestante, pero no podemos resistir a la tentacion de narrar uno de los chascos mas clásicos que puede sufrir un hombre y que, apesar de su astucia y experiencia, no pudo evitar el señor Cura.

II.

Vivia por la calle de la Penitencia una señorita viuda, sin mas compañera que una hija de diez y seis años, criatura que, sin exageracion alguna, podía ser considerada como un tipo de mujer bonita. Era de baja estatura; sus facciones finas, delicadas y regulares; su cuerpo bien formado, sus piés y manos diminutos y bien hechos; todas

esas perfecciones y otras mas podían hacer que se aplicara a esa preciosa niña la coplilla de

Eres chiquita y bonita,
Eres como yo te quiero,
Pareces campanillita
Hecha por un buen platero.

Como las personas todas tienen un nombre, y como existen razones para no revelar al público el de esa niña, la llamaremos María, siguiendo en eso la opinion de un poeta colombiano que dijo:

En mil hombres que usted vé
Y en mil hombres que vería
Novecientos son José,
Y novecientas, María.

María vivía con su respetable señora madre, viuda honesta y de buenas costumbres, muy entrada en años, achacosa y pobre, que pasaba naturalmente trabajo y medio para llenar las primeras y mas urgentes necesidades de esta pícara vida, que toda ella se compone de necesidades y urgencias.

La niña, por su parte, no le daba que sentir; hacendosa y trabajadora, cosía *para la calle*, y no le iba tan mal, cuando así trampeando, no le faltaba una sayita de raso color verde oscuro y un chalecito de tisú con que ir a misa a la Iglesia mas próxima a su casa, que era la de Nuestro Padre San Camilo, ó sea la Buena Muerte.

En línea de sexo masculino solo visitaba la casa un Sub-teniente de ejército, pariente en grado lejano y en línea transversal de la niña, que la amaba como a parienta, que deseaba que ella estrechara los grados y enderezara la línea, pero que, como muchacho de juicio y de cordura, consideraba que su renta era muy exigua para formar familia, y que por otra parte poco se perdía con esperar un ascenso, supuesto que ambos eran todavía bastante jóvenes y no había mayor detrimento en aguardar dos ó tres años.

A la pacífica morada de nuestros respetables padres, señor don Adán y señora Eva, entró el diablo dentro de la piel de una serpiente, llevando la invencion de la manzana como golosina a proposito para despertar la tentacion; a la tranquila morada de María entró nuestro cura, que se presentó en ella sin que nadie le llamara, pero llamado por el cebo fragante de la juventud y belleza de María; sino llevó la forma de serpiente, llevó su faz de mascarón, y en vez de manzana llevó oro.

El cura se presentó a la viuda como un antiguo y buen amigo del difunto, que, sabedor de las dolencias y pobreza de la familia, iba a ver si podía servir en algo.

La señora y su hija se deshicieron en agradecimientos y cumplidos; no pidieron nada y ofrecieron la casa como era natural.

Después de esa primera visita, las demás no ofrecían inconveniente y llegaron a repetirse a tal punto, que antes de dos meses se convirtieron en diarias. Si por una parte María y su madre agradecían el interés que el señor Cura les manifestaba, por otra se escusaron siempre de aceptar

ofrecimientos y de recibir regalos que no fueran de poca importancia, como flores y otras cosas por el estilo. Las dos mujeres luchaban por manifestar al cura algun afecto, porque si el agradecimiento las obligaba á ponerle buena cara, habia en la mala cara del sacerdote algo de repugnante, que las impedía ser con él mas amistosas y expansivas.

Durante algunos meses no dijo el cura palabra que pudiera infundir la menor sospecha contra su moralidad.

Enfermó gravemente la madre de María; su enfermedad fué declarada mortal, y su desolada hija no tuvo mas remedio que sucumbir á la ley de la necesidad y aceptar del cura algunos socorros pecuniarios: mientras duró la enfermedad no se presentó el cura en la casa, sino que mandaba un diario con un criado; asistieron á la enferma dos vecinas del barrio que ayudaban á la pobre niña, y el pariente militar que desplegó toda la abnegación y eficacia de una hermana de caridad.

Murió la viuda, y en cuanto el cura lo supo se presentó en la casa mortuoria, consoló á la niña y dió allí mismo las órdenes convenientes á un individuo, que lo acompañaba, para que se dispusiera lo necesario para el entierro, la compra de luto etc., etc.

El cura se manejó como hombre grande.

Un mes hacia que María estaba completamente huérfana; habíala recogido en su casa la mujer de un honrado procurador, que vivía en la misma calle, y una tarde se presentó el señor Cura. Dejose sola á María que deseaba manifestarle todo su agradecimiento, lo cual hizo sin poder contener su abundante llanto; consolóla el cura, y creyendo bueno el momento para desplegar sus baterías, hizo á María la propuesta de que abandonase esa casa y fuera á la que él le proporcionara. Puso á los ojos de la niña los gozcos que proporcionaba el lujo, y pretendió deslumbrarla con el brillo del oro. María daba las gracias sin comprender todo el alcance de esos ofrecimientos, y por lo pronto las cosas quedaron en ese estado. La semilla estaba echada.

La señora de la casa conocía al cura y estaba al cabo de la reputación poco evangélica que habia adquirido, y sabiendo, además, las relaciones que mediaban entre María y el joven oficial, creyó prudente poner á este en guardia, aún sin tener conocimiento de las propuestas hechas á María por el bondadoso Cura.

El oficial no necesitó tomar iniciativa alguna, porque la inocente muchacha, creyendo que esas propuestas y ofrecimientos eran puro efecto de una generosidad desinteresada, contó todo á su novio, en la primera entrevista que tuvo con él; manifestando su alegría y su esperanza de que mejorada su situación no habria inconveniente para que se realizara su matrimonio.

El militar no veía las cosas de tan bonito color, y harto despierto era para no conocer á donde quería llegar el teólogo. Sin embargo, no inspiró ninguna desconfianza á María; ántes sí se deshizo en elogios del señor Cura y aconsejó á aquella que manifestase aceptar las indicaciones de éste, pero guardándose, por su parte, de hacer ningun ofrecimiento.

Inútil es que sigamos paso á paso y día por día los acontecimientos. Basta decir que el Cura, creyendo ya segura la presa, tomó una casita frontera á la puerta del costado de la iglesia de Santo Domingo, la compuso y amuebló con cierto lujo, contrató á una zamba vieja para criada

de María, y arreglado así todo, se acordó que ésta iría á tomar posesión de su nuevo domicilio á las siete de la noche del mas próximo sábado. La señora que alojaba á María supo las cosas el día mismo en que ésta debía separarse de ella. Intenciones tuvo de poner ante sus ojos el precipicio en que iba á caer, pero se limitó á abrazarla llorando y á decirle al despedirse: ¡Pobre niña!

María llegó á su casa con la consabida zamba. Decir el gusto que tuvo cuando vió su precioso departamento es inútil, desde que fácilmente lo comprenden los que se fijan en que era la primera vez que no se encontraba en medio de muebles y objetos que demostraban una espantosa miseria.

A las nueve de la noche llegó el señor Cura; la pobre niña no pudo ménos que dejarse abrazar y besar por ese caballero á quien reputaba como á su providencia. A las diez de la noche el señor Cura empezaba á aligerar su vestido como un hombre que tiene calor y que está en su propia casa, lo cual no dejaba de llamar la atención de María. Por fin á las diez y media, dijo el señor que tenía sueño, que ya era hora de acostarse y dió orden á la zamba para que cerrara la puerta de calle. La pobre joven sintió que le subía fuego á la cara y no pudo ménos que esclamar:

—¡Cómo, señor cura! ¿usted va á dormir aquí...?

Iba el señor á responder cuando se le presentan súbitamente, por la puerta del traspatio, tres oficiales.

El cura preguntó azorado:

—¿Qué significa esto?

—Nada, señor cura, contestó el mas joven de los tres aparecidos. Tranquílcese usted y escuche.—Ante todo, permítame usted que le presente al señor capitán D. Ruperto Larriva y al señor teniente D. Remigio Lozano, compañeros y amigos míos.

Los presentados hicieron una reverencia y el Cura les echó una mirada de basilisco.

—Es el caso, continuó el oficial, que la señorita María es mi parienta y algo mas; que hace años estamos comprometidos para casarnos; mi tia, que esté en gloria, conocía y aprobaba nuestros amores, pero la muerte vino á privarle del gusto de llamarme su hijo en vez de su sobrino. Yo sé, señor cura, todos los favores, todos los servicios y todos los socorros que usted ha hecho generosamente á María; ella me lo ha contado todo, y estoy verdaderamente asombrado de que haya hombres, como usted, de un corazón tan grande. Sé que María ha dicho á usted que yo era pobre, que no podía casarme por falta de recursos y que usted, hombre magnánimo, hombre modelo, hombre sin igual, le ofreció regalarle esta casita, que entre parentesis sea dicho, está espléndida, darle un dotecito de dos mil pesos y ser nuestro padrino. ¡Ah, señor cura! usted no sabe cuánta será nuestra gratitud; mi sangre pertenecía ántes á la patria; desde hoy pertenece á usted y cuando la quiera usted toda ó parte de ella no tiene mas que meter lanceta....

El Cura, que tenía la cara color de veteraba, iba á contestar, pero el oficial no le dejó tiempo.

—No, señor Cura, no pretenda usted amenguar el mérito de sus obras; déjese usted de modestias. Lo único que falta es que me permita usted darle un abrazo y que lo abracen á usted mis amigos á quienes he suplicado que fueran testigos de la manifestación de mi gratitud.

El oficial dió un apretón al Cura, que casi lo revienta, y dijo á sus compañeros:

—Señores, abracen ustedes al señor... abracenlo... en mi nombre.

El pobre señor Cura tuvo que aguantar otro par de fuertes apretones.

La pobre María presenciaba estas escenas parada en medio de su sala como una estatua. No podría decirse si en su cara se pintaba la sorpresa ó la alegría.

Ella habia seguido los consejos del oficial, hasta el punto de haber dejado entrar á la casa á los tres individuos, mientras la zamba habia salido; pero así como su verdadero y puro candor no le habia dejado adivinar los verdaderos propósitos del Cura, así mismo no sabia cuáles habian sido los planes de su futuro.

El Cura iba á dejar estallar uno de esos brotes tremendos de su rabia, cuando el joven oficial con una mirada imponente le dijo:

—¡Siéntese usted! Por respetos á esta niña, señor mio, no digo quién es usted y lo que sabe hacer; y prefiero que continuemos nuestra conferencia en el mismo tono que ántes. Repito á usted que agradecemos mucho, María y yo, cuanto ha hecho usted por su madre y ahora hace por nosotros; pero á mí me gustan las cosas en regla y usted va á hacer ahora mismo una escritura por la que conste cómo, teniendo razones para proteger á esta niña huérfana, y deseando que se establezca casándose con un hombre honrado, declara usted que la ha donado todos los muebles que se encuentran en esta casa y además dos mil pesos para dote. La escritura está ya hecha, usted no tiene mas que firmarla. Saldrémos de aquí los cuatro é iremos á la casa de usted. Allí nos entregará usted dos mil pesos en onzas de oro; si por la calle habla usted la menor palabra, si hace usted el menor signo de alarma, sepa usted, señor Cura, que ántes de que se nos toque al pelo, va usted á cenar con sus abuelos.—(Los tres militares enseñaron sus puñales).—Con que al negocio, salga usted señor D. C....

Salió en efecto un hombre alto y seco con un protocolo en la mano y la cara media cubierta con un pañuelo negro y señaló al Cura el sitio en que debía firmar, dándole el mismo una pluma que ántes metió en un tintero de cuerno.

El Cura rechazaba la pluma, pero el capitán que hasta ese momento no habia dicho palabra dijo con una voz de bajo profundo:

—¡Firme usted só fraile... ó...

Firmó el cura y el escribano al doblar el protocolo le dijo:

—Hombre, nunca has hecho cosa mejor... Esto te servirá de partida de descuento para cuando te esté roncando el cochino.

Todo lo demás se hizo como lo habia propuesto el sub-teniente; el cura entregó esa misma noche el dinero. Al despedirse el subteniente, le dijo:

—Señor Cura, no todas han de ser conquistas; la carrera de conquistador tiene sus derrotas. Usted se ha libertado de una gran berrinche, porque yo estaba resuelto á dar el mayor escándalo del siglo; pero se conoce que es usted un hombre de mundo y de talento; en vez de corromper á una virgen pura la hace usted feliz, porque yo la amo mucho, señor Cura, y lo prometo á usted que no se arrepentirá de haber seguido el camino en que yo lo colóqué. Algo caro le cuesta á usted la empresa pero en todo hay quiebras. Ahora, deme usted la mano y queda entendido que será usted pami-

drino. El Cura, á quien no dejaba hablar una palabra el militar, durante tres horas, se contentó con señalar con ademán magestuoso la puerta de salida.

En la misma noche, y apesar de lo muy avanzada de la hora, Maria escoltada de los tres militares, fué conducida á la casa del procurador, en donde permaneció hasta el día de su matrimonio, celebrado un mes despues de la noche fatal para el Cura. Escusado es decir que no éste, sino el capitán fué el padrino.

Como al año de casado el sub-teniente, murió en Cajamarca un muy rico capitalista que no teniendo herederos forzosos, dejó á aquel que era su único pariente su muy valiosa fortuna.

El sub-teniente abandonó en el acto el servicio y se presentó ante el señor Cura, quien de pronto no lo conoció. Tembló el Cura cuando cayó en cuenta de quien era su visitante, pero este le dijo:

—No tema usted, señor Cura, Maria y yo no nos hemos olvidado nunca de usted, y créame sinceramente que esos recuerdos son de verdadera gratitud. El objeto de mi visita es el siguiente: soy rico, he heredado una fortuna y si el deseo de dar á usted una severa lección, me obligó á hacer lo que usted no habrá olvidado, hoy el honor y el remordimiento me obligan á restituirle los dos mil pesos, que aquí tiene usted en esta libranza aceptada, y á suplicarle que me diga cuánto le debo por los muebles.

El cura era generoso; se quedó contemplando al jóven, y pasada su natural sorpresa contestó:

—Si yo hubiera conocido lo que era usted y Ma... su señora esposa... habría quizás hecho á buenas por ustedes lo que hice por la violencia. Sé que usted es un buen marido y que su mujer es tan virtuosa como buena. Ahora yo soy quien pido á ustedes un verdadero perdon. Guarde usted esos reales y compre con ellos algo que recuerde al sincero amigo; yo no puedo recibirlos.

—Ni yo guardarlos, dijo el ex-militar.

—Sea, dijo el cura.

Recogió el dinero, y dirigiéndose á un armario sacó una cruz de brillantes, y dándola á su interlocutor replicó:

—Usted tiene una niñita, déla este juguete en mi nombre, no tiene mas valor que el que yo la ponga en manos de usted como una prueba de que no habrá entre nosotros ningun rencor.

—Gracias, señor cura.

—Yo soy quien las doy á usted.

Los dos hombres se dieron una franca empuñada y se despidieron.

—¡Bravo mozo!

—¡Qué lástima de clérigo que sea tan feo y tan corrompido!

María y su esposo se ausentaron de Lima y no sabemos por qué circunstancias vino éste á morir en Chile el año de 1845. Su viuda, madre de una numerosa familia, se quedó siempre en Cajamarca.

MANUEL A. FUENTES.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

DEFENSA Y PRUEBAS DE LA DEMANDANTE.

Señor Provisor Discreto:
Cornelia Vaca Ganosa,

De Toro y Espada esposa,
Con el debido respeto
Ante Useñoría digo,
Poniendo á Dios por testigo:
Que toda la algaravía
De que hace gasto el trigamo
Debe ser, sin mas reclamo,
Rechazada por Usía.
Con razones evidentes
Y claras como la luz,
Voy á probar que la prueba
Que me pone como nueva
Es pura obra del testuz,
Del gran chicanero Fuentes.
Vanamente se desvela
Por ganarme la partida,
Y ha confundido mi vida
Con la vida de mi abuela.
Con este recurso mismo,
Probando la coartada,
Adjunto certificada
Mi partida de bautismo.
El cura de San Marcelo
Es un sacerdote que
Siempre ha merecido fé,
Si señor, hasta en el cielo.
Y en su parroquia limana,
Poco antes de Salaverry,
El cura Don Juan Echerry
Sal me puso de cristiana.
Con esto solo demuestro
Que allá, en el año veintiuno,
No pude casarme en Puno
Como con afan siniestro
Sostiene el almanquista
O almanquero Buxó,
A quien juro dejar yo
Por solemne trafacista.
La de historia de esa laya,
Que á Fuentes tambien dá tela,
Fué mi ya finada abuela
Que era ademas mi tocaya.
Pero Fuentes y el Brochero
Y Buxó (que no es mal tomo)
Son peines de tomo y lomo
Como comprobarlo espero.

Pasemos á los testigos
Que mi marido presenta,
Testigos que, por mi cuenta,
No valen, señor, tres higos.

Al Doctor Juan de los Heros,
Que es de genio vivaracho,
Lo tacho y lo contratacho
Y le pongo veinte peros.
No ha tenido él, en sus dias,
A La-Rosa (Don Vicente),
Que, há quince años, su escribiente
Es Rodriguez (Don Matias)
Caballero muy formal,
Muy buen cristiano y bien quisto,
Y á quien noche y día he vistó
A los pies del padre Gual.
A la verdad rinde fueros
Y él dirá sin mas preludeo
Si alguna vez el estudio
He pisado de Juan Heros.
Este hombre tiene connigo
Antigua queja ¿y por qué?
Me dijo arroz: lo pujé:
Y cátao mi enemigo.
Además el infeliz,
Yo no sé por qué deslices,

Se agarró de las narices
Con mi primo el tuerto Ortiz.
De este modo se concilia
Que haya contra mí salido,
Pues entre los dos ha habido
Enemistad de familia.

Al testigo Tomas Flores
Lo tacho, por no estar llano:
Ese hombre aspiró á mi mano
Y me requirió de amores.
Ademas el doctor Fuentes,
Que es Director de Estadística,
Con refinada casuística
A uno de sus dependientes,
Como es Tomas, lo presenta
Por testigo en la cuestion
Y éste, por adulacion,
Contra mí chismes inventa.

La tal Justina Cardona
Es una púa... ¡y qué púa!
Es falúa... ¡y qué falúa!
Es persona... ¡y qué persona!
Dice ella que es comerciante,
Y en esto sí no ha mentido:
Toda su vida ha vivido
En el comercio galante.
Y, aunque el respeto me ataja,
Diré que, en cierta ocasion,
Celedonio el maricon
La dió un corte con navaja.
Por esa y otras frioleras,
Que pintan bien á la tal,
Estuvo en el hospital
Un mes lavando soleras.
Testigos como ella son
De los que el Código tacha:
Señor juez: esa... muchacha
No está libre de excepcion.

Don Pedro Mótis el cura,
Que hoy reside en Huanchihuaila,
Es un trompo que bien baila,
Un borrachin con tonsura.
Toro Espada lo achispó
Y lo llevó ante el juzgado,
Y por eso ha declarado
Del modo que declaró.

A una Lorenza Carmona
Por testigo se presenta:
Un tiempo fué mi sirvienta
Y la boté por ladrona.
Y su dicho no hace fé;
Pues me robó unos anillos,
Pulseras y unos zarcillos
De finísimo dublé.
Visto está que, en la ocasion,
Su dicho es un dicho nulo,
Y yo al tacharla articulo
Con muchísima razon.

Al General Corpus-Christi
Tachar no debo ni quiero.
Ese es todo un caballero,
Como que es hijo del Misti.
Sus palabras vehementes
Probando están á cualquiera
Que ese hombre es de la madera
De que se hacen presidentes.
Que tiene fibra y fibrina
Al derecho y al reves,
Y que sobre todo no es
Ningun Pata de Gallina.
Dice en su declaracion

Que, aunque él no jura por nada,
Siempre de mujer honrada
Me ha tenido en la opinion:
Que es verdad ¡pesic á Holofernes!
Que ha coqueteado conmigo;
Pero confiesa el testigo
Que no hubo nada de viernes,
Y como de eso se trata
Deducirá hasta un patan
Que le salió al capitan
El tiro por la culata.

Ya vé el señor Provisor
Que las seis declaraciones
Son, con legales razones,
Desprovistas de valor.
Ese enredista de Fuentes,
A quien traté con desvío,
Es el que ha armado este lío
Y el que no omite expedientes
Por vengarse de que un día
Le dije, como hembra honrada:
—Aquí no se dá posada,
Toque usted á otra pulperia—
Y en prueba de esta asercion
Adjunto cierto papel
Que me dió, de parte de él,
Vicenta la de Chillón.

Con cartas inconvenientes
Cree ese hombre que ha puesto en Flandes
Una pica. Pues va en grandes
Aprietos á verse Fuentes.
Mi abogado Don Ricardo
Palma no aguanta el divieso,
Y al Murciélagos travieso
Le vá á clavar un buen dardo.
Porque hoy mismo entabla accion
Criminal, salvo emergencia,
Por crimen de violacion
De ajena correspondencia.
Hasta que en jaula lo meta
No ha de parar mi padrino:
Muy pronto el juez Cartulino
Le hará ver lo que es cajeta.
Porque la carta en cuestion
Me la robaron de casa,
Carta que, en verdad, no pasa
De ser una tradicion.
Y la ley es terminada.
No hace fe carta robada
Sino carta presentada
Sin agravio del firmante.
En este caso especial
Y digno de grave exámen,
Será de lujo el dictámen
Del sábio ajente fiscal,
Don Fulano Cocobolo,
Letrado de escaparaté,
Que en el no errar disparte
Diz que se las pinta solo.

Eso de que Toro Espada
Tiene herencia en perspectiva
Es palanganada viva,
Si señor, palanganada;
Bien quisiera yo echar ojo
Y mano á medio doblon;
Mas no tiene el pobreton
Donde se le pare un piojo.
¡Quince millones!!! Trasluzco
Que mi marido ha soñado,
Salvo que se haya encontrado
Aquel tesoro del Cuzco.

Todo esto es trapacerías
Y cubiletes de Fuentes
(No lo muerdo con mis dientes,
Por no ensuciar mis encías).
¡Y á una gente tan sofisticada
A altos puestos lleva Prado!!!
¡Bendito Dios y alabado
Así saldrá la Estadística!

Mas á esto dando de mano,
Que la bilis me subleva,
Pido que, en parte de prueba,
Declaren lo que en cristiano
Sobre mis antecedentes
Sepan, y mis consignientes,
Los tres testigos siguientes:

Primero: el cabo Cruzate,
Que vive por Piñonate.

Segundo: Pepe Guillen,
El Pollo, vive en Belen.

Tercero: el padre Cabisa,
Cura de la Piedra-lisa.

Por tanto: á Usiría pido
Que haga gallos de papel
Con el alegato aquel
De mi dichoso marido,
Y procediendo con calma
No deje enfriar la cosa.
Cornelia Vaca Ganosa—
Letrado—RICARDO PALMA.

PARTIDA DE BAUTISMO.

Yo el infrascrito cura propietario
Del templo parroquial de San Marcelo,
Certifico: que á fojas mil dieziocho
De un librote con tapas de becerro,
Donde están las partidas bautismales
Desde los tiempos del primer Congreso
Hasta que á Santa Cruz lo jeringueamos,
Hay una del tenor, forma, argumento
Y manera siguiente:—En Lima á quince
De Setiembre del año de ochocientos
Treinta y tres, yo el Doctor don Juan Echerry
Cura rector etcétera, puse oleo
Y crisma y bauticé, como lo manda
La Santa Madre Iglesia, á un arrapiezo
Del sexo femenino con el nombre
De Cornelia Ganosa hija de un viejo,
Que no quiso firmar, y de una moza
Con unos ojos como dos luceros.
Fue su madrina Cándida Donaires,
Que antes marquesa fue del Huevo-hnero,
Y se portó con rumbo en el bautizo
Y oyó los gritos de *madrina sebo*.
Firmado—*Juan Echerry*, cura párroco.
Al margen—Pagó una onza por derechos.
—Y yo para que conste, certifico
Ser copia exacta lada á pedimento
De parte, en Lima á treinta de Diciembre
Del año que termina—*S. Saucedo*.

CONSTANCIA DE MATRIMONIO.

Dataria civil—Distrito cuarto.

A fojas treintauna
Del infolio en que ensarto
La lista de los que hacen la tontuna
De *se ayuntar ogaño* en matrimonio,
Dando despues que hacer hasta al demonio.
Consta que un subteniente Toro Espada,
Si no marra la cuenta,
En el año setenta
Enyuntóse, en la forma preceptuada
Por la Iglesia, con Justa C. Ganosa,

Hembra que es todavía apetitosa.
(Firmado)—El comisario *Pancho Trueno*,
Lima, febrero dos del año actual.
—Es conforme—*Pacheco*—Visto Bueno.
A. Delboy, rejidor municipal.

BILLETE DEL DOCTOR FUENTES.

Mademoiselle Cornelia:
Bonjour, mon ange chérie:
Demain, dans l'Exposition,
Je vous invite à diner:
Je desire une question
Tres importante aborder.
Sachez, donc, que je vous aime
D'amour, ma petite chatte;
Allons, aimez-moi quand même
Et ne soyez pas ingrante.
Je vous offre franchement,
Dans mon Opera française,
Un très bon engagement
Et vous serez à votre aise.
Ne me croyez pas roué,
Pas tant. J'attends votre avis
Ce soir de bonne heure.—(Signé)
FUENTES, dit, *Chauve-souris*.

AUTO.

Lima, febrero siete
Del presente año,
En el que habrá abundancia
De desengaños:
Que rubrique el actuario
Los documentos,
Como el Código manda
De Enjuiciamientos.
Ótense á los testigos
De aquella dama,
A fin de que declaren
Ante el juez.—*LAMA*.

NOTIFICACION.

En la fecha del decreto
Notifiqué á todo Cristo;
Confieso que he andado listo
En este trajin.—*B. Neto*.

DECLARACIONES.

I.

En Lima á ocho de febrero,
Ante el señor Provisor
Citado el primer testigo
Al punto compareció.
Dijo llamarse Cruzate,
Que es cabo de profesion;
Que lo embrujó una serrana
Con bebedizos y alcohol;
Que conoce al Toro Espada
Lo mismo que á su baston.
Porque militaron juntos
El año sesenta y dos;
Que asistió, como testigo,
Cuando Toro se casó
Con Doña Cornelia Vaca,
Mujer de suposicion;
Que el tal Toro es soldadote
De carácter tan feroz,
Que apenas el cura le hubo
Echado la bendicion,
Cuando á su mujer el ojo
De una trompada le hinchó,
Porque se enceló el muy tonto
Con el músico mayor—
Aquí llegaba Cruzate
Prestando declaracion,

Cuando un muchacho en la puerta
Del juzgado palmoteó,
Y él se salió como loco
De aquel en persecucion,
Motivo por el cual esta
Sin su firma se quedó.

II.

Al juzgado presentose,
En el mismo dia y mes,
Otro testigo que dijo
Nombrarse Pepe Guillen,
Alias el Pollo, de oficio
No conocido. Y el juez
Interrogó al tenor
Del recurso; pero aquel
Se hizo el zueco. Repetida
La pregunta dijo: que
En union del Niño Gato,
Landázuri y otros tres,
Todos muchachos de la *hebra*,
Encontróse cierta vez
Con la Ganosa: que verla
Y embestirla todo fué
Uno; pero que al instante
Un militarote soez,
Con insignias en la manga,
Le dió un atroz puntapié
Diciendo:—¡Pícaro Pollo!
Atreverse á mi mujer!
A la esposa del teniente
Toro Espada!—Y que así es
Como sabe que es casada
La susodicha. Que él cree
Que un militar nunca, nunca
Miente fuera del cuartel,
Y que él toma sus palabras
Por artículos de fé.
Con esto dió por concluida
La declaracion el juez.

III.

Al marcharse el anterior,
Y rascándose el cogote,
Compareció un monigote
Ante el señor provisor.
Por su nombre preguntado
Dijo que él no era Cabisa,
Como alguna gente lisa
De bautizarlo ha tratado,
Que él es Cabinsa y no es sonso,
Pues que siempre se le ha visto,
En plaza y parroquia, listo
Para echar algun responso.
Que tiene Bula del Papa
Para echar por diez centavos
Dos responsos de los bravos,
Dando uno flojo de yapa;
Que en este particular
Nunca cometió renuncio,
Por lo cual ni con el Nuncio
Lo han podido amedrentar.
Que es, desde cierta aventura,
Confesor de la Ganosa,
Y que le consta y que jura
Que es una mujer virtuosa.
Que no tiene mas que hablar.
A lo cual el Provisor
Le contestó—pues, señor,
Ya se puede usted largar—
No firmó; porque el intonso
Me dijo que no sabía,
Que si yo por él lo hacia
Gratis me echaria un responso.
Yo le prometí el secreto

Y firmé por él—*B. Neto.*

OTRO ESCRITO.

Señor Provisor: Cornelia
Vaca Ganosa ante Usía,
Para lograr que en el dia
Haga sentir contumelia
Al tal Toro Espada, digo:
Que es llegada la ocasion
De tomar declaracion
A un intachable testigo.
Galloso (Don Lorencito)
Que tiene en el Chirimoyo
Colegio, vendrá en mi apoyo
Y por testigo lo cito.
No es Don Lorencito manco
Ni es un cualquiera tampoco,
Pues es, si no me equivoco,
Señor feudal del Barranco.
Y si su vida se espulga
O bien se alambica un tanto,
Sabrá Usía que es un santo
Que confiesa y que comulga;
Que jamás anduvo en dares
Con ninguna hija de Adan,
Y que de puro holgazan
No ha hecho milagros á pares.
Exijir de ese juzgado
Yo bien pudiera, en rigor,
Que declare sin valor
Todo lo fecho y actuado.
Ojalá que no me force
Alguna sentencia nula
A recurrir á la Bula
De Benedicto Catorce
Dei miseratione et cetera,
Bula que, al pié de la letra,
Segun el Deuteronomio
Comentado por Pilato,
Estatuye que haya un nato
Defensor del matrimonio.
Tal punto lo he consultado
Con mucho ilustre abogado.
Loayza, Cisneros, Arenas,
Gadea, Amézaga y Pazos,
Me han dicho que hasta á balazos
Sostendrán, ya que no á buenas,
Que ante el papal veredicto
Es toda chicana floja,
Pues no admite vuelta de hoja
La Bula de Benedicto.
Ande, pues, derecho Usía
Y aguce mucho su seso;
Pues, si falla en contra mía,
Pido, jurídica vía,
La nulidad del proceso.
Y, segun la decision
De un Concilio que hubo en Lima,
Puede que le caiga encima
A Usía una excomunion.
Por tanto: á Usía suplico
Que, sin dar á esto reposo,
Cite á Lorenzo Galloso
Que es el testigo que indico,
El cual dará sin retardo
Declaracion minuciosa—
Cornelia Vaca Ganosa—
(Letrado)—PALMA (*Ricardo*).

AUTO.

En Lima, á diez de Febrero.
Notifíquese á Galloso
Y si se hace el especioso
Tráigasele prisionero;

Porque, á la verdad, me escama
Y á obrar así me estimula
La amenaza de la Bula
Citada.—*Juez, DR. LAMA.*

NOTIFICACION.

En el mismo dia y mes
Del sinapismo anterior,
Toqué á una puerta cerrada,
Y un chico me respondió
Con la voz medio gangosa:
—Alabado sea Dios!
—Por siempre alabado, amen,
Le contesté al punto yo.
Abrió el chico un ventanillo:
—¿A quien busca usted, señor?
—A Don Lorenzo Galloso—
Y el cerrojo se corrió.
Envuelto en una hopalanda
Un viejito gordiflon
Dijo:—¿Busca á Lorenzito?
Pues yo Lorenzito soy—
—Que sea por muchos años;
Mas sépase usted, patron,
Que, en nombre de la justicia,
A notificarlo voy.—
Oyendo lo de justicia
El buen hombre tambaleó,
Como al que le cae de lo alto
Y de golpe un chaparron.
Los muchachos levantaron
Una gritería atroz
Y yo, entre gritos y gritos,
Le chanté la citacion—
Benito Neto, escribano
Del discreto provisor.

DECLARACION.

El once de febrero
Compareció, con frio de terciana,
Lorenzito Galloso, el *escuelero*,
Y dijo ser de religion cristiana.
En punto á edad contó que, por su cuenta,
Próximo debe estar á los setenta
Y que, cuando sepulten su persona,
Irá al hoyo con palma y con corona;
Pues si á toda mujer no le dió palo
Le hizo la cruz que al enemigo malo.
Respecto á la Ganosa
Dijo, que esa infeliz ya es otra cosa:
Que, á ser él mujeriego,
La hubiera desde luego
Tomado por esposa,
Que es de virtud la chica y hacendosa.
Que un año la ocupó de costurera,
Allá en el callejon de San Antonio,
Segun le consta á la parroquia entera.
Que cuando, de estar sola fastidiada,
Contrajo casamiento con Espada,
El su padrino fué de matrimonio.
Dijo que pasa duelos infinitos
Por educar á treinta huerfanitos,
Y que Dios lo perdone si hace mientes
De que, entre ellos, hay siete cortaditos
Por el mismo patron del Doctor Fuentes.
Con esto el señor juez dijo al sujeto
Que firmase.—*Galloso*.—Ante mí, *Neto*.

Variedades.

Paren ustedes la oreja

Dicen que nada se ha hecho sin objeto, pues
la sábia naturaleza no podia crear cosas absolu-
tamente inútiles. Respeto tal afirmacion; pero

declaro que en muchas ocasiones me he detenido á considerar para qué demontres sirven ciertas cosas, y nunca he hallado respuesta.

De algunas veo que son necesarias, de otras que son de adorno y de otras, en fin, que son de uno y otro. Las orejas, por ejemplo, son necesarias y de adorno; pero ni la necesidad es tal que no pudiera Dios haberla suplido de cualquiera otra manera, ni el adorno es de los mas delicados y elegantes.

Las orejas! vaya un adminículo feo; pero mas feo es no tenerlo. En todo caso vale mas un orejudo que un desorejado y que una *desorejada*, aún que *desorejada* no es la mujer á quien le faltan las orejas, sino la mujer á quien le falta el juicio y le sobra la desvergüenza.

Las orejas son una necesidad; pero una necesidad convencional, y tanto, que si se suprimieran, viviríamos sin ellas perfectamente y la costumbre de vernos mondos y lirondos, modificaria el gusto, de suerte que aquel que las llevara como una excepcion, seria el objeto de la burla y del ridículo.

Una cabeza sin orejas seria hoy una cosa como un queso de bola, ó un melon liso y llano. Esos apéndices, al parecer insignificantes, son de altísima importancia, bajo el punto sicológico y estético.

La expresion de la fisonomía depende muchas veces de la clase, calidad ó situacion de las orejas.

Las orejas demasiado bajas aumentan el volumen de la cabeza y le dán la forma de una perilla de frontispicio. Las orejas demasiado altas, lo disminuyen y convierten la cabeza en algo como los *huacos*, gorditos abajo y con las asas en la coronilla.

Hay orejas humildes y orejas soberbias; algunas que se pegan como avergonzadas al cráneo, y algunas que se encaraman insolentemente á los costados de la cara y sacan el cuerpo al aire como diciendo: ¡aquí estamos nosotras!

Clasificáanse las orejas en dos especies: blandas y suaves, y duras y acartonadas, las cuales especies se subdividen en las siguientes variedades: orejas, orejitas, orejuelas y orejones.

Entre blandas y duras, no sabría á qué carta quedarme. Las blandas son generalmente deprimidas, redobladas y colgantes. Son piltrafas de carne de lomo que repugnan al tacto. Las duras, acartonadas, siquiera se asemejan á los abanicos chinos y suenan azotadas por el viento.

Algunas hay muy gorditas y otras transparentes como el pergamino, y las hay chatas, largas, empingorotadas, planas, curvas y de todo linaje y casta, pues es la ley forzosa la de que llevemos todos ese par de aletas en la cabeza; ese par de asideros que tan útiles son para los maestros de primeras letras y tan funestos para los niños, los cuales saben que sus orejas son el editor responsable de sus travesuras.

Un hombre sin orejas mas difícilmente encuentra novia, que un hombre sin brazos, salvo que por aquello de «no falta un roto por un descosido», le salga alguna *desorejada* que lo saque de euitas, porque el bello sexo en ese punto es intransigente.

Las orejas han desempeñado un importante papel en los destinos humanos. La mitología les consagra grandes recuerdos. El dios Pan las llevaba de asno entre los romanos. El rey Midas, por ser un mal flautista, las llevó de pollino por toda su vida.

Los sabios mas grandes han sido los mas famosos orejones.

Al contrario, los mas notables heroes han tenido las orejas mas chicas, lo que prueba que la sabiduría y el heroísmo están en razon inversa respecto á orejas: á mayor oreja, mas ciencia; á mayor heroísmo, mas menguada orejilla.

Las orejas diminutas, esto es, las *orejuelas* que no parecen sino un par de puntos interrogantes pegados á la cara, denuncian un carácter suspicaz, mezquino y receloso.

Las orejas insolentes, que se adelantan llenas de pretension y se las tienen tiesas con el sombrero, denuncian á un tonto de capirote, pero lleno de humos, hinchado y muy pagado de su persona.

Las orejas carnudas, coloradotas, son destinadas á los propietarios de fundos rústicos, á los mayores contribuyentes y á los frailes.

Las orejillas apergaminadas revelan astucia, carácter violento y tisis galopante.

Las orejas anchas, redondas que parece que se abren lo mismo que una almeja, revelan cachaza y sangre de orchata.

Las orejas son entre las partes accesorias del cuerpo las mas independientes; rechazan toda funda, toda presion y solo consenten en que se les horade en cambio de adornarlas con flores, pendientes ó con joyas.

Ellas no están sujetas á la voluntad; al hombre no le es dado ocultarlas, ni moverlas, ni plegarlas. El cabello y las uñas se cortan; los tobillos se ocultan dentro de la funda que forma la media; el ombligo...no se diga; pero las orejas ni se cortan, ni se enfundan, ni se deja de llevarlas siempre en la cara, siempre las primeras, siempre colocadas como dos asas de jarron indiano y son las primeras en entrar á todas partes y en oír lo que se habla y en recibir el dulce aliento de la pareja enamorada, que por hablar en voz baja, aproxima hacia ellas los labios á veces hasta rozarlas suavemente.

En resúmen, las orejas son la cosa mas fea vista en sí misma, y muy antipática en relacion á su estructura.

No sé yo de ningun mortal despues del ya citado Midas, que tuviera orejas mayores que las de Don Domingo Faustino Sarmiento, muy conocido entre nosotros, no precisamente por sus orejas, sino por su carrera pública y por sus escritos sobre educacion.

Conforme á sus doctrinas se puede hacer entrar en vereda á la generacion que nos sucede y poner en orden no ya las escuelas solamente sino las sociedades mismas; pero quien tanto puede, no ha logrado poner en orden nunca á sus orejas que son lo mas subversivo que se conoce. Y esto es una razon mas para creer que el oído poco debe á las orejas, puesto que Sarmiento teniéndolas enormes es sordo como una tapia.

Mas, yo no sé á qué demonios traje á colacion á Sarmiento... Si le arderán las orejas?

De suerte que venimos á convenir en que las orejas son una importantísima cosa.

Ya tratarémos de las cosas no importantes.

JULIO L. JAIMES.

El pulpero.

No quiero averiguar si es pulpería ó *pulquería* la palabra y si el que vende es pulpero, pulquero ó guarapero, que para el caso da lo mismo el pulco de Méjico, que el guarapo de Perú, que se vendía en estas tiendas especiales y que hoy se han convertido en bazares en Lima; haciendo

sido conocidas siempre por la pulpería de *bachiche* aún cuando el dueño no fuera Bautista, ó aún cuando se apellidara otra cosa, tenía por razon de profesion que usar por apellido el nombre de la calle en que estaba situada dicha tienda: así resultaba un Miguel Solari *bachiche* de Marmol de Bronce y un Anjel Curtti *bachiche* de San Pedro Nolasco.

El *bachiche* pues ó pulpero era un robusto moceton de pelo en pecho, por lo regular Napolitano, que venido en buque de vela, entregado al capitán por su pasaje, venía condenado á esta Metropolitana por quince años: no á presidio, sino á pulpería que para el caso es lo mismo; pues en ella no hacía otra cosa que trabajar real á real el pequeño capital que mas tarde debería servirle para emprender por sí.

¿Qué diría el lector si llegara á su noticia, que un pretendiente, con una constancia de chorro de pilon, estuviera por quince años en solicitud de una dama? Diría seguramente, que si no merecía un triunfo, sí la salvacion; pues bien, no se trata de enamorado, se trata solamente de un ardiente italiano, que mantenido con las raspaduras del queso, los conchos del vino y las colas del pescado frito (aún cuando promiscuara tomándose los gordos del jamon) por hacer la mas estricta economía en el alimento, mata el hambre; y en cuanto al vestido con camisa de lona rusa, embreada (recuerdo de familia) y las babuchas de cordoban pasa la vida, el consumo mayor que hace es el del cigarro, pues que hasta el del agua, lo desecha por innecesario, como dicen las viejas: nunca se vé sin sombrero y sin cigarro, al pulpero.

Ya tenemos pues tras del mostrador de una bodega al aprendiz de pulpero, en contacto diario con la servidumbre del barrio y la plebe de Lima, la que con la mayor confianza lo recibe bajo sus cariñosos auspicios.

Los muchachos, plaga endemoniada de toda poblacion, meten letra con el recién llegado y le van poniendo al corriente del estropeado idioma de Cervantes y el numeroso catálogo de dichos y provincialismos. Allí comienza á estudiar su profesion, practicando su destreza en el corte del queso, para lo cual se necesita mucho pulso: en la medida de los líquidos, en lo que es preciso mucho ojo; y el estudio intrincado de la balanza en la que se necesita mas tino que para la cirugía; pues que debe entrar en el platillo de la pesa, hasta el resueldo del aprendiz de pulpero: aquí de la conciencia del italiano, que debe echarse á la espalda y aquí del oído gordo que debe tener, para dejar maltratar de honra y dejar estropear á su señora madre por todos los parroquianos á quienes roba, á trueque de improperios; pues se ha hecho una verdad tradicional é inamovible, que no hay pulpero que no sea ladrón. ¿En qué pulpería y de qué barrio no se ha oído decir por todo prójimo, los siguientes términos usuales: *bachiche* ladronoso, italiano hijo de una gran... que que vienes á robar al Perú, muerto de hambre, fundillo embreado, judío; y otra porcion de dictorios, que los transportan hasta Sodoma y Gomorra, y el tal con la paciencia de un Job y como una costumbre inveterada en el lugar, contesta á cada uno de estos obsequios con los siguientes vocablos: *sacramento*, *corpo di Baco*, *madona divina* y en fin todo, ménos desmentir el dicho de que es ladrón y que procede mal.

La pulpería es una arca en donde hay de todo, se vende todo, robando en todo, en donde se charla, se bebe, de duerme, se desahoga cada cual, ya contra el prójimo ó ya contra el gobier-

no; pero en todo esto jamas toma parte el pulpero, ni se compromete por nada ni por nadie, saca todo el provecho del que entra por la puerta; y lo pone puerta afuera despues de haberlo hecho gastar en su casa, cuanto tenia ó bien ya por no soportar sus impertinencias ó por estar en estado de bodez tal, que no permita dormir sobre la leña tranquilamente; mas en obsequio á este ciudadano de la bella Italia no dejaré de encomiar en él ciertos rasgos filantropicos: él dá al vecindario, saca de muchos apuros á la gente baja, guarda las llaves de los propietarios de la calle y cuida las casas que se ven tras de su mostrador, dá poquitos de todo lo que se le pide, surte de agua y dá fósforos, alquila la escalera y quema cohetes en los regocijos públicos: lo mismo empeña una prenda de una patrona apurada, que la compra al doméstico que la hurta: él no ve en todo sino el negocio, en él cifra su esperanza y él lo salva de esa triste condicion. La patrona de una casa, siempre apostrofa al pulpero y á cada cosa que viene de la pulperia, es imposible que deje de decir: cada día está mas ladrón *bachiche*, todo lo que vende es malo, así se hacen jente estos Italianos ordinarios; esto lo sabe él, tanto como la patrona, pero ni la patrona deja de mandar donde *bachiche*, ni *bachiche* de estar muy conforme con este procedimiento: pero no hay casa de Limeño ó Limeña en que no se oiga decir: «á *bachiche* que me mande un poquito de aniz, un poquito de clavo de comer, un poquito de pimienta» y todos los artículos menudos que al necesitarse en poco, jamas se han comprado en Lima: fuera de que la *sambita*, el *cholito* y el *blanquito roto*, al comprar la manteca, las velas de sebo, el aceite y vinagre, el pan, mantequilla y otros artículos en Lima de primera, de diaria, de imperiosa necesidad, no regalen éstos, la nuez, el coco, las pasas ó el huesillo.

¿En qué mudanza el pulpero no presta lampa, barréta y no guarda las llaves de la casa? ¿Qué propietario no acude á la pulperia para pedir una cuartilla de papel blanco, la pluma y el tintero, para poner el papel de *se alquila*? ¿Qué familia que se muda al barrio no alquila ó se presta la escalera del pulpero, la caña larga y el martillo? Todo lo cual tiene que realizarse, por obra y gracia del pulpero.

El conoce á todos los niños, guarda los secretos de todas las familias, su casa es una oficina telegráfica sin mas alambres que la servidumbre del barrio.

Lo que no sabe el pulpero, es imposible que lo sepa otra persona cualquiera; sin embargo, él no divulga secretos ni ayuda empresas, el toma parte en todas las tristezas de sus parroquianos y les sirve en lo que puede: presta su contingente en las alegrías populares, amarrando en la puerta su bandera, aunque invertidos los colores del pabellon nacional: siempre está por él que triunfa, aun cuando lamenta el mal estado de los perdidos.

Pero el pulpero llega á pasar algunos años en esta vida, conoce a todos los de la vecindad y toda lo conoce á él; llega á levantar su fortuna, entra un nuevo mozo á pasar lo que el pasó; y él cambia la camisa, se pone levita, tarro y botines y como el gusano de la morera deja la crisalida para convertirse, él deja de ser *bachiche*, para tomar de nuevo su nombre de pila y su apellido de familia; y resulta un Don Gregorio Vichiani, el que fué *bachiche* de *Ya parió*; pues como dice el verso:

Las pesetas, una á una,
Entre robo y grosería,
Hizo él en la pulperia;
Hasta encontrar la fortuna,
Que lo hace gente en el día.

En Lima, hemos visto que las familias de los pulperos son hoy principales familias: y una vez olvidadas las preocupaciones de los que han tenido este ejercicio, llegarán á formar familias tan respetadas y virtuosas, con mas razon dignas de concideraciones sociales, que muchas otras, que no han comenzado, por la constancia y el trabajo tan admirable como es la de este genero de hombres.

V. MERIDA.

Michon y Albina.

(EN UN ALBUM).

Cuida mucho tu belleza
Pero mas tu corazon.

(Fichte.)

Michón, gato educado
Por un juriconsulto acreditado,
Podía ser citado por modelo
Del mas gatuno celo.
Ocupado en labores de su oficio,
Jamás conoció un vicio;
Guerra sin tregua ni descanso hacía
Al raton que tuviese la osadía
De penetrar en cuarto ó en estancia
Confiado á su cuidado y vijilancia.
Era tan pulcro, racional y honrado,
Que no quiso jamás ser diputado.
Es fama en todo el pueblo de su cuna
Que, apesar de ser gato de fortuna,
Jamás anduvo en techo ni tejado,
Cual lo hace todo gato enamorado,
Buscando intrigas, riñas, devaneos.
Pero ya, en cierta edad, tuvo deseos
De ser marido, y á la bella Albina,
Gatita, propiedad de una vecina,
Una carta escribió en estilo llano
Pidiéndole la pata (digo mano).
La gatita era un dije; era un lucero,
Educada con lujo y con esmero.
Pelo sedoso, largo, blanco puro,
El lomo levantado, cuello duro,
Ojos verdes, alegres, rutilantes,
Que chispas reflejaban cual diamantes,
Y, lo mejor de todo, una cola
Que hacía una conquista por sí sola.
Pero, ¡lo que es la vanidad gatuna!
De ella diferencia no hay ninguna
A la que reina en criatura humana.
Pues la gatita aquella muy ufana
Por haber recibido de natura
Tanta belleza, gracia y donosura,
Pasaba horas enteras al espejo
Contemplando su rabo y su pellejo.
Siempre acostada en razo ó terciopelo
Y rebozada en vaporoso velo,
Sin mas ocupacion que relamerse,
Echarse agua de olor y componerse,
Mojar la cola en perfumado aceite,
Gastar polvos de arroz y todo afeite,
Jamás oyó ruido de ratones
Sin sentir mal de nervios, convulsiones,
Y anegarse en amargo y triste llanto
De miedo y susto, de terror y espanto.
Creyendo que Michon era un partido
Bueno para marido,
Pero llena de absurdas pretensionee,
Le hizo estas condiciones:

«Si la Señora á quien cariño debo,
Y en cuya casa duermo, cómo y bebo,
Que yo me case con usted consiente,
No tengo inconveniente;
Pero sepa que estoy tan engreida
Y que paso tal vida,
Que si me resignara á abandonarla
Sin poder mejorarla,
Sería yo una gata solo dina
De vivir en tejado ó en cocina.
Yo pretendo tener, si soy esposa,
Seis pajes con librea, una carrosa,
Muchas gorras de tul, trajes de seda;
Ir á la Exposicion y á la Alameda
Siempre envuelta en tisúes y en encajes;
Quiero ser la primera en los parajes
En que haya concurrencia numerosa,
Y presentarme siempre tan hermosa,
Que á mi belleza nadie se resista
Y haga, en cada minuto, una conquista;
Quiero ir á los teatros, dar comidas,
Y tener, en mi casa, reunidas
A todas las personas de alto tono.
A los diarios de modas un abono
Para estar al corriente, necesito;
Peluquero francés, jóven, bonito;
Un profesor de baile de la Carpa
Un maestro de canto y otro de arpa.
No me ocupo de perlas y brillantes
Porque es sabido que tendré abundantes,
Y que usted me dará mil y mil cosas
En adornos y piedras primorosas.
En cuanto al tocador, muchos olores,
Perfumes muchos y variadas flores,
Cosméticos, aceites y pomadas
Y polvos de magnolia y de las Hadas.
En pago ofrezco á usted grande ternura
Y consagrarme solo á su ventura;
Y hacerle bendecir la buena estrella
Que le dió por *mujer*, gata tan bella.»
Al leer Michón la carta de la novia
Sintióse acometido de hidrofobia;
Dió en el cuarto mil saltos y mil botes
Y puso tiesos pelos y bigotes.
Sus ojos despidieron luces tales
Que mas que ojos, eran dos fanales.
Rasgó el papel y dijo, en su arrebató:
«Fuera yo un alcornoque en vez de gato
Si perdiera mi juicio y mi chaveta
Por una gata tonta y tan coqueta!
Que busque un salitrero,
Jugador ó banquero,
De los que dan billetes por montones
Pero que nunca sueltan los doblones!»
Despues que así su ira desfogára
Se restregó las patas en la cara,
Y acostándose luego en un pellejo
Roncó duro y parejo.
Al despertar despues de largo rato.
Se sintió sin amor, el sabio gato.
Y ¿qué fué de la linda y blanca Albina?
Al fin, con opinion de su madrina,
Se casó con un gato presumido
Sin profesion ni oficio conocido,
Que pasaba las noches en jaleos
Y los dias en bromas y paseos.
Y en vez de dar brillantes á la gata,
Tal la oprime, la aflige y la maltrata,
Que la infeliz está que dá pigricia
Y al espirar de rabia y de ictericia.
Michón lo sabe y dice compungido:
«Su vanidad y orgullo la han perdido.
« Si la suave modestia no acompaña

« A la belleza, su fulgor se empaña;
 « Que al hacer Dios á la mujer hermosa
 « Y destinarla para casta esposa,
 « Jamás disfrutará de paz y calma
 « Si no tiene también hermosa el alma.
 « La jóven que un esposo elegir quiera
 « Medite que no es cosa pasajera
 « Vivir ligada en vínculo tan fuerte
 « Que solo desatar puede la muerte.
 « Piense que goces sin igual procura
 « Conservar siempre la conciencia pura,
 « Y que ha de emplear afanes muy prolijos
 « Para ser el modelo de sus hijos.»

M. A. FUENTES.

Kaleidoscopio.

Cantarcillos.

Hasta el placer en la vida
 En siendo constante cansa,
 Pues mi placer es mirarte
 Y no se me cansa el alma.

“Quien espera, desespera.”
 Dicen los indiferentes,
 No desespere esperando,
 Que la esperanza mantiene.

Tu dedo puesto en la boca
 Indicábame silencio,
 Mas tus ojos expresivos
 Hablaron como el Congreso.

No sé lo que tengas tú
 Mas ó ménos que las otras;
 Mas las otras no sacuden.
 Y tú? cual pila de Volta.

Me miraste, te miré,
 Y luego á los otros vimos,
 Y nuestros dos corazones
 Hablaron por un suspiro.

Yo paso el día esperando,
 Lo que espero ¿quién lo sabe?
 Pero espero, que esperando,
 Tanto esperar se me pague.....

J. L. J.

Ayer el cura Menacho
 Diz que casó á Encarnacion
 Con el tonto de Paguacho,
 Siendo este hombre maricon
 Y la mujer marimacho:
 La idea que han encarnado,
 Dijo, con tal matrimonio
 Es prostituir el estado:
 Salvo que ayude el demonio
 A los del sexo trocado.

Virtuosa llama á una perra
 Que tiene Pepa Rucianes,
 Que hace á la virtud la guerra
 Pues solo no está con canes,
 Cuando su dueño la encierra.
 Si la llamára Fructuosa
 Tendría razones, vastas,
 Pues que ella no hace otra cosa
 Que es darle la tal Virtuosa
 Frutos de todas las castas.

Murió Tomasa de parto
 Y se atolondró el marido
 Y el pobre, de confundido,

Se vió del pesar tan harto,
 Que al sacar de la Tomasa
 El cuerpo, cuando salía
 Sin pensar en lo que hacía,
 Metió otro cuerpo á la casa.

¿Por que donde Inés Sarmiento.
 Sube jente á troche y moche?
 Es que tiene nacimiento
 En un mismo alojamiento
 Y lo ilumina de noche;
 Dicen también que á la vez
 Con sus mejores amigos
 Hace siempre un entremés:
 El del paraíso y los ligos,
 Y hay Adanes mas de tres.

Por ser un tonto Marcelo
 Jugaba con las muchachas,
 Y aún de las mas vivarachas
 Jamás se tuvo recelo;
 Pero lo que fué, y extraño
 Para las madres de aquellas,
 Es que él tonto y tontas ellas.
 Salieron muchos al año.

No tiene cura el vicario
 Y se morirá sin cura,
 Si el curarse no procura
 Por chismes de vecindario;
 Dicen que el cura se abrasa
 Con ese mal, vive en él,
 Y la muchacha Raquel
 Sola sabe lo que pasa.

Despreocupacion.

¿Ves á esa negra de abultado pecho,
 De higo la tez y el ojo de tomate?
 Vive á pan y manteles con un vate,
 Que juzga al mundo por camino estrecho.

Y se tiene por hombre de provecho,
 Por libre pensador, el zaragate,
 Porque sucio comete el disparate
 De oler á cuervo bajo el mismo techo.

Y dice: «son mujeres las estrellas
 Que prestan luz pero en la noche umbria.»
 Quiere á la noche y las desprecia á ellas;
 Protesto de la tal filosofía;
 Pueden ser sus teorías las mas bellas,
 Mas se opone la higiene á la teoría.

V. M.

La Traga-niños.

Os voy á referir un triste cuento
 Que me contó mi abuela varias veces,
 Cuando apenas tenía yo tres meses
 De venido á este mundo de tormento.
 Mi citada abuelita, que esté en gloria,
 Sostenía los hechos en conciencia,
 Y juraba, con cándida inocencia,
 Que el cuento no era cuento sino historia.
 Es el caso que había en una reja,
 Situada por la calle del Capon,
 Una mujer, llamada Encarnacion,
 Tan zamba cuanto fea y cuanto vieja.
 Es el caso también que aquella tia
 Jamás iba á la compra ni al mercado
 Y que era también punto muy probado
 Que jamás frecuentó cocinería;
 Y es el caso, por fin, que no faltara
 Quien viéndola rechoncha, gorda y sana,
 Por la noche, de tarde y de mañana

Sus mas secretos pasos aguaitara.
 Horror!! á los mas tiernos angelitos
 A quienes esa vieja el guante echaba,
 Los llevaba á su cuarto, los mataba
 Y los comía casi siempre fritos.
 Dióse parte á la Santa Inquisicion,
 Y despues de la causa y del tormento,
 Se mandó, por sentencia, que al momento
 Se hiciera, de la vieja, chicharron.
 Ordenando (la cosa no era higa)
 Que ántes de pisar la Santa hoguera
 La operacion se hiciera
 De abrirle un cirujano la barriga.
 Hizose así, y á aquella vieja harpía
 Se le sacaron ¡pobres angelitos!
 Cuatro mil esqueletos de niñitos
 Que en su vientre infernal guardado habia!

Exámen de gramática.

Examinador.—¿Qué género tiene toro?

Examinando.—Masculino.

Examinador.—¿Y vaca?

Examinando.—Femenino.

Examinador.—¿Y buey?

Examinando.—Neutro.

Examinador.—¿Sobresaliente!

Decía un indefinido

Al ministro Barrionuevo:

—¡Tanto afrecho que he comido

Y jamás he puesto un huevo!

• —Vamos á toros, Colasa—

Dijo á su amor Pepe Tuernos;

Y ella respondió con guasa:

—Gracias, hijo: á mí los cuernos

Solo me gustan en casa.

M. A. F.

HOJAS DE COCA.

TOMO 2.º

Artículos húmedos.

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegones.

VERBOS Y GERUNDIOS

POR

RICARDO PALMA.

Edicion de Madrid. —Un tomo.

De venta en la librería de Benito Gil, calle de Bodegones.

“LA BROMA”

ADMINISTRACION.

En la calle de la Botica de San Pedro, Núm. 72, de 8 á 10 de la mañana.

Sumario.

Un cura y un subteniente, MANUEL A. FUENTES.—Juicio de Trigamia (continuacion), R. PALMA.—Paron ustedes la oreja, JULIO L. JAIMES.—El pulpero, V. MÉRIDA.—Michon y Albina, MANUEL A. FUENTES.—KALEIDOSCOPIO.—Cantarcillos, etc, etc.

IMPRESA DEL ESTADO.